

DISCURSO DE INVESTIDURA
COMO
DOCTOR
HONORIS CAUSA
PROF. MANUEL BENDALA GALÁN

Pronunciado en el Salón de Actos
de la Facultad de Derecho de la Universidad de Huelva
el día 23 de Junio de 2014



Universidad
de Huelva

©

UNIVERSIDAD DE HUELVA

©

MANUEL BENDALA GALÁN
JUAN M. CAMPOS CARRASCO

LAUDATIO

PROF. DR. JUAN M. CAMPOS CARRASCO



*Excelentísimo Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Huelva,
Excelentísimos Señores Vicerrectores,
Ilustrísima Señora Secretaria General,
Ilustrísimos Señores Decanos y Directores de Departamentos, Autoridades,
Claustro de Doctores de la Universidad de Huelva,
Estudiantes, Personal de Administración y Servicios,
Señoras y señores,*

Es para mí un gran privilegio pronunciar la *laudatio* del profesor Manuel Bendala Galán para su ingreso en este claustro en calidad de doctor *honoris causa*. Y desde luego una de las mayores satisfacciones de mi vida académica. Como impone la tradición, durante los próximos minutos, pretendo destacar los méritos del profesor Bendala y justificar ante ustedes tanto la propuesta que realizó el Área de Arqueología del Departamento de Historia I como los acuerdos adoptados por la Facultad de Humanidades, por el Consejo de Gobierno y por el Claustro de nuestra Universidad, todos ellos por unanimidad.

Este reconocimiento a la trayectoria de Manuel Bendala, que hoy nos reúne en la Universidad de Huelva, viene a sumarse a la serie de homenajes que desde su jubilación ha venido recibiendo por parte de diferentes universidades como la de Cádiz o la Autónoma de Madrid.

Es hoy momento de resaltar la figura del Prf. Bendala y su extraordinaria aportación a la Arqueología Clásica, a cuya renovación conceptual ha contribuido de forma decisiva poniendo en entredicho, en más de una ocasión, con gran sentido crítico, y autocrítico, aspectos sustanciales de la tradición

científica heredada y la necesidad de reorientar la investigación con nuevos planteamientos, aplicando, por ejemplo, el concepto de la *longue durée* acuñado por su admirado Fernand Braudel para entender la perduración de tradiciones marcadamente presentes en ámbitos muy diversos de la cultura.

Ha tenido la virtud de contribuir a la renovación de los estudios tradicionales con nuevos temas y enfoques, defendiendo la necesidad de aplicar al estudio del mundo clásico la metodología arqueológica, entendiendo la Arqueología como forma específica de hacer Historia en su más amplio sentido. Son estas algunas de las ideas sobre las que descansa su pensamiento y obra que trataré de desgranar en los próximos minutos.

El Prf. Manuel Bendala nació en Cádiz en 1949, a donde se trasladaron sus padres, naturales de Cartaya, un pueblo de la costa de Huelva. Cursa sus estudios de Historia en la Universidad de Sevilla entre 1966 y 1971, obteniendo tres años más tarde el grado de doctor. Recién terminada la licenciatura inicia su trayectoria como profesor adjunto tanto en la Universidad de Sevilla como en el Colegio Universitario de Cádiz, entonces dependiente de aquella, hasta su incorporación a la Universidad Autónoma de Madrid en 1977.

La formación en Sevilla, como alumno, doctorando y profesor fue crucial. Una etapa de profundos replanteamientos de la Arqueología, tratando de encontrar los nuevos senderos de una ciencia en plena ebullición, con las armas de una formación basada en la solidez de una licenciatura de amplios horizontes y contenidos y la exigencia y la dirección de los profesores y maestros que oportunamente ejercieron su tutela, entre otros, D. Juan de Mata Carriazo, D. José María Luzón y sobre todo su maestro D. Antonio Blanco Freijeiro.

Esta etapa sevillano-gaditana de la formación como estudiante, como profesor en fase inicial y como doctor llegó a su

término en 1977, cuando obtuvo por oposición la plaza de Profesor Agregado de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad Autónoma de Madrid, asimilado a catedrático desde 1983, cargo que ha ejercido hasta su jubilación en el año 2010, comenzando un largo y fructífero periodo de madurez y desarrollo docente y científico que todavía sigue ejerciendo incluso después de su jubilación. Y de la que es justo destacar su compromiso no sólo con la docencia, la formación de doctores y la investigación sino, también, con la gestión universitaria, pues fue Director del Departamento de Prehistoria y Arqueología, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y Director del Master de Arqueología y Patrimonio del que fue su creador. Una etapa que sus discípulos bautizaron con una entrañable frase que sirvió de título al libro-homenaje que le dedicaron en 2011, “Un Arqueólogo Gaditano en la Villa y Corte”.

Su labor científica en el campo de la Arqueología es indiscutible a nivel nacional e internacional. Ha trabajado en numerosas líneas de investigación en el ámbito de la arqueología clásica y culturas ibéricas inaugurando líneas de investigación que le han dado un gran prestigio internacional con decisivas contribuciones que han abierto nuevas perspectivas de la investigación arqueológica en los campos que ha cultivado. Entre ellos el mundo funerario, la etapa púnica y bárquida en nuestra península y sobre todo el mundo urbano en Hispania, a las que de forma breve voy a referirme.

El gran campo científico sobre el que versaron sus primeros trabajos fue, fundamentalmente, el mundo romano, marco principal de los estudios dirigidos por su maestro el Prf. Blanco Freijeiro. Su profunda revisión sobre el concepto de “romanización” y de la realidad hispanorromana, alejada de la tradicional visión de un proceso homogéneo, ha tenido una enorme repercusión en los estudios posteriores sobre la romanización en Hispania.

El primero de los temas que abordó en este ámbito fue el mundo funerario romano, sobre el que versó tanto su tesis, dedicada a los “Columbarios de Mérida” como la tesis doctoral que se centró en la necrópolis romana de Carmona y de la que emanó una, ya clásica, monografía. Un trabajo determinante en su carrera académica que le condujo a observar de particular manera la cultura hispanorromana, a sondear las claves de los procesos culturales e institucionales seguidos por Hispania antes y después de la conquista, y a mirar críticamente cuanto se refiere a la tradición historiográfica heredada sobre la ‘romanización’. Introdujo términos como “neopúnico” para definir, por primera vez, las perduraciones de esta cultura en la Península Ibérica, una vez asentado el mundo romano, uno de los temas que con mayor ahínco ha tratado, poniendo de relieve la enorme importancia de la época de los Barca en Hispania, antes considerada un mero episodio bélico causante de la conquista romana.

Otro de los grandes logros en su carrera han sido las decisivas contribuciones al conocimiento de los procesos urbanos en Hispania y especialmente en la Bética, abriendo nuevas perspectivas de la investigación en este campo. Desde los primeros trabajos que de esta línea de investigación publicó hace casi tres décadas, entre ellos “La génesis de la estructura urbana en la España antigua”, hasta el más reciente (2009) que sirvió de introducción a la tercera edición de la clásica obra de García y Bellido *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo* (1969) han sido muchos los trabajos relevantes que han ido conformando un valiosísimo cuerpo de información sobre el tema.

Es decir, el análisis del complejo ámbito funerario y de la estructura territorial y urbana de la Hispania romana, con especial atención al lenguaje arquitectónico, han sido los dos principales ejes vertebradores de sus estudios sobre la rica cultura romana.

Pero sus investigaciones, como decía al principio, no se han limitado exclusivamente al periodo hispanorromano. La atención al mundo púnico y a la Protohistoria en general y la búsqueda de las raíces estructurales de nuestras ciudades le llevaron al mundo ibérico, a Tarteso, a todo lo que entraba en la comprensión y la explicación del origen y la evolución de nuestras estructuras urbanas. Y una de las claves de Tarteso se hallaba en la etapa denominada precolonial, en la que se adentró con su conocido trabajo sobre las estelas del suroeste (y los orígenes de Tartessos) que se publicó en 1977 en la revista *Habis*. Una cuestión que ha vuelto a tratar recientemente en su reflexión presentada al Congreso Internacional que sobre Tarteso se celebró en esta universidad en Diciembre de 2011.

Otros muchos temas, como las religiones orientales y en especial el estudio del mitraísmo han sido también objeto de su atención.

Un aspecto digno de reseñar en su curriculum es la elaboración de manuales y ensayos generales dedicados a la formación de los alumnos, faceta que entronca directamente con su labor divulgativa en su afán de acercar la arqueología al gran público, colaborando en revistas divulgativas, comisariado de exposiciones y documentales para televisión. Sus obras más importante en este aspecto son su conocido libro *Tartessos, Iberos y Celtas* y el ensayo sobre las culturas mediterráneas -con el braudeliano título de "Mediterráneo"-, incluido en la reciente *Historia de Europa*.

Toda esta gigantesca labor se ha plasmado en la publicación de un altísimo número de trabajos científicos que superan los 200, aunque lo más relevante es la alta calidad de los mismos, insertados en las mejores revistas de arqueología nacionales e internacionales con un gran impacto en la comunidad científica, y sobre todo la prosa brillante y culta con

la que están escritos, hasta el punto de que algún colega ha manifestado percibir, en la lectura de alguno de sus textos o pasajes, resonancias homéricas.

Asimismo, su presencia como invitado en los más prestigiosos congresos ha sido una constante en su larga trayectoria, con medio centenar de participaciones muchas de ellas con la ponencia inaugural.

Ha dirigido varias publicaciones periódicas de un gran prestigio en el ámbito académico internacional y es miembro del Consejo Editorial y Científico de un alto número de revistas de prestigio.

Su compromiso con la formación de arqueólogos durante cuarenta años se ha visto culminado con la dirección de 23 tesis doctorales que lo han hecho mentor de una brillante Escuela, con epicentro en la Universidad Autónoma de Madrid, con una gran presencia de sus discípulos, algunos ya catedráticos, en diversas universidades y centros de investigación de nuestro país.

La temática de las tesis doctorales que ha dirigido reflejan la enorme versatilidad y su gran dominio diacrónico de las culturas hispanas, pues versan sobre un amplio abanico cultural desde la protohistoria hasta la Antigüedad Tardía, en sus más amplias facetas, sin olvidar otros campos más especializados como el historiográfico o, incluso, el egiptológico.

Su gran prestigio le ha reportado un enorme reconocimiento internacional traducido en su ingreso en Institutos y Academias nacionales y extranjeras, así como su pertenencia a un sinnúmero de Patronatos, Institutos, Fundaciones y Asociaciones, además de la obtención de importantes premios y distinciones. Entre todos ellos cabe destacar las de Oficial de la Orden de las Palmas Académicas de Francia y más recientemente la de Comendador de la Orden del Mérito Civil, sin

olvidar la medalla de Honor de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, la Medalla de Oro de la Ciudad de San Roque, por la actividad cultural y científica realizada en el emblemático yacimiento de *Carteia* y su condición de Hijo adoptivo de la Ciudad de Cartaya.

Es miembro de la Real Academia de Doctores de España, del Instituto Arqueológico Alemán y Correspondiente de la Real Academia Sevillana de Bellas Artes. Presidente de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Patrono del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, de la Fundación de Estudios Romanos y de la Fundación Universitaria La Alcudia de Elche. Primer ocupante de la Cátedra Ramos Folqués, de la Universidad de Alicante y la Fundación Universitaria La Alcudia y es miembro del comité científico de diversas instituciones como el Institut Català d'Arqueologia Clàssica, la Fundación Itálica de Estudios Clásicos, o el Instituto de Estudios Ibéricos.

No puedo finalizar esta *laudatio* sin añadir a la trayectoria científica de D. Manuel su vinculación con Huelva y su universidad, que comienza mucho antes de la creación de la misma. De hecho su presencia en nuestra tierra se remonta a su época de estudiante cuando colaboró en 1969, por invitación del Prf. Luzón, en la publicación de los materiales del Cabezo de San Pedro, gracias a sus espléndidas dotes para el dibujo. Poco después trabajó en la prospección arqueometalúrgica de la mano de su maestro D. Antonio Blanco. Por entonces comenzaron sus trabajos de documentación arqueológica para la realización del Catálogo Monumental de la Provincia, redactando los municipios de Alájar, El Almendro y Almonaster la Real.

Conocida es su aportación a la definición del trazado de la calzada romana que discurre por nuestra provincia, la XXIII

del Itinerario de Antonino que enlazaba la desembocadura del Guadiana -*ab ostio fluminis Anae*- con Mérida, investigación en la que años más tarde tuvimos la ocasión de colaborar con él en una publicación que daba a conocer restos monumentales de la calzada descubiertos por el equipo de Arqueología que me honro en dirigir.

Conocí a D. Manuel en 1987 en la Universidad de Sevilla donde pronunció una conferencia. Tras la misma tuve la gran fortuna de departir con él un buen rato sobre el tema de mi tesis doctoral que leí un año después. Inolvidable encuentro en el que, producto del ímpetu de juventud, traté de hacer valer algunos de mis puntos de vista sobre la arqueología sevillana, a lo que él con la elegancia y la prudencia que le caracterizan y sobre todo con su gran conocimiento de la Arqueología me dio unas respuestas que cuando menos matizaron algunas de mis más firmes hipótesis. Desde entonces se convirtió en uno de mis grandes referentes en mi trayectoria académica.

A partir de ahí comenzó a fraguar una amistad que se ha ido consolidando con el tiempo y que a la larga lo vinculó todavía más, si cabe, a nuestro territorio y sobre todo a nuestra Universidad, facilitado sin duda por sus orígenes onubenses que cada vez están más presentes en su vida, hasta el punto de pasar grandes temporadas en su casa de Cartaya.

Su relación con la Universidad de Huelva es muy estrecha y su presencia constante. Colabora con el Área de Arqueología en proyectos y publicaciones conjuntas, ha sido profesor del Master de Arqueología y Patrimonio, ha impartido numerosos seminarios y conferencias, ha formado parte de tribunales de tesis y plazas de profesorado y puede decirse que es uno de los pioneros de la moderna arqueología onubense en el más amplio sentido del término.

Es por todo lo apuntado por lo que muchos de los actuales profesionales de la arqueología onubense, nos vemos

reflejados en su forma de entender y practicar la disciplina y no en vano su presencia entre nuestras aulas resulta un verdadero placer, sintiéndonos en gran medida deudores de su larga y fructífera obra.

Sin embargo, y tras todos los méritos expuestos, quiero destacar que se ha ganado, lo que estoy seguro que más le satisface, que no es otra cosa sino el respeto y el cariño de todos los miembros de la comunidad universitaria, nacional e internacional, que hemos tenido la gran suerte de tratar con él.

Espero que con todo lo expuesto haya sido capaz de transmitir, en tan breve espacio de tiempo, la valía científica y los buenos valores humanos del Prf. Bendala. Todos los que trabajamos en la disciplina arqueológica tendremos siempre una deuda permanente con él.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, Excelentísimo Señor Rector, dignísimas autoridades y claustales, solicito que se otorgue el grado de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Huelva a don Manuel Bendala Galán.

DISCURSO

PROF. MANUEL BENDALA GALÁN



*Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Huelva, autoridades,
claustro de profesores,
amigos,
querido Padrino.*

No me es fácil encontrar las palabras que traduzcan adecuadamente mi emocionada gratitud por el altísimo honor que se me concede en este acto. Sólo la *munificentia* institucional de esta Universidad y la afectuosa predisposición que se hace explícita en el elogio excesivo que acaba de pronunciar mi Padrino, el Prof. Juan Campos, explican que reciba en mis modestos hombros la investidura honorífica de la más alta dignidad académica que se teje en el telar universitario. La recibo, pues, con humildad y con la clara conciencia de ser beneficiario de la generosidad que alienta al Departamento en el que germinó la propuesta de llegar al punto en que ahora estamos. Confluir en él en la compañía de la Profesora Victoria Camps, celosa guardiana del pensamiento ético, social, creativo y libre, es para mí un honor añadido.

Un cúmulo de circunstancias no casuales han conducido a enlazar este tramo avanzado de mi recorrido vital y académico con su comienzo. Porque en estas fecundas tierras de Huelva, en Cartaya, están mis raíces familiares; de aquí eran mis padres, que empujados, sin embargo, por el atractivo campo de acción del mar, se trasladaron a la milenaria ciudad de Cádiz, donde nací, para, gracias a ello, sentir desde el comienzo el veterano aliento civilizador de una ciudad nacida cuando todavía los héroes y los dioses regían el destino de los hombres.

Siempre estuvieron vivos, sin embargo, mis nexos con la tierra de mis mayores. Primero porque mis veranos de niño transcurrieron siempre aquí, una vivencia inolvidable para el aprendizaje social y para mirar, sentir el paisaje al amor del trabajo campesino. Ha sido una vía privilegiada para penetrar en los entresijos de la propia cultura en la medida en que cultivar y culturar son la misma cosa: la acción que determina la forma en que nos conducimos para vivir, para ser de una determinada manera.

Pero, además, mi vida académica me volvió a traer pronto a estas tierras de Huelva, esta vez por otra forma de hurgar en ellas a impulso de la Arqueología. Estudié Historia en la Universidad de Sevilla y, decidido tempranamente a ser arqueólogo, mis trabajos iniciales de campo me trajeron aquí todavía como estudiante. Mi primer profesor de Arqueología, José María Luzón, ilustre arqueólogo dedicado en sus trabajos de juventud a la Arqueología onubense, me invitó a colaborar, en el verano de 1969, en la preparación para su publicación de los materiales obtenidos en el Cabezo de San Pedro, con los que Luzón, José M^a Blázquez, Francisco Gómez y Klauss Clauss dieron a conocer una estratigrafía que hizo época, publicada en el primer número de la revista *Huelva Arqueológica*, en 1971. Empecé así a captar sobre el terreno el notable protagonismo histórico de estas comarcas por su relevante papel en la época cumbre de Tarteso y la primera presencia fenicia en Occidente.

Pocos años después me trajo de nuevo a Huelva mi maestro, Antonio Blanco, gran humanista y arqueólogo, mentor de la que puede llamarse 'Escuela hispalense de Arqueología Clásica', a la que me honro en pertenecer. Su interés por la minería antigua me proporcionó la oportunidad impagable de conocer y estudiar el paisaje arqueológico de la Huelva serrana y minera. Incorporado al equipo que en ella realizó

una ambiciosa prospección arqueometalúrgica, encabezado por Blanco y por el israelita Beno Rothenberg, pude adentrarme en el sugestivo mundo de la minería que dio fama a estas comarcas onubenses en los tiempos antiguos y cimentó su posterior prosperidad.

Creedme si os digo que las experiencias adquiridas entonces, durante los largos y cálidos días del verano de 1974, en que prospectamos el entorno de Riotinto, dejaron una huella indeleble en mi percepción de la Arqueología, de su validez para escrutar el paisaje natural y cultural como escenario histórico. Tengo vivos, como de un ayer inmediato, el vértigo ante los pozos de mina romanos, de profundidades abismales e invisibles entre jaras y cantuesos; el seguimiento de las portentosas huellas de las antiguas extracciones; la catalogación de las herramientas primitivas, de dura piedra, usadas por los mineros de hace miles de años; la observación arqueológica de los vestigios de donde vivieron y donde fueron enterrados para la eternidad las gentes de entonces.

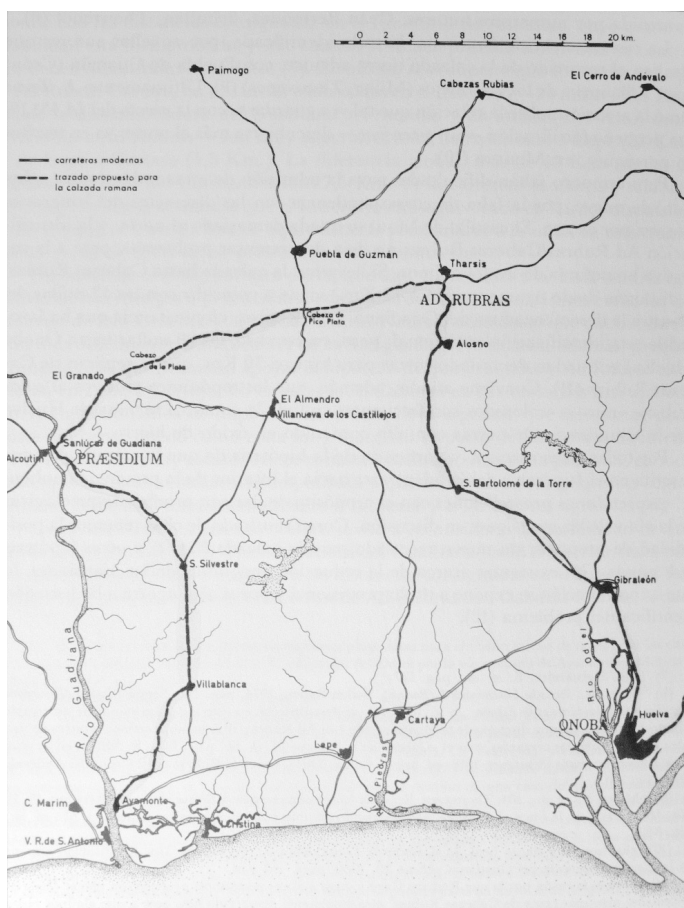
Por los mismos tiempos, en compañía de mi amigo Alfonso Jiménez Martín, eminente arquitecto y arqueólogo, siguieron mis paseos por Huelva para realizar el Catálogo Monumental de la Provincia. Fue un empeño destinado a incorporarla a las pocas inventariadas desde la iniciación del Catálogo Monumental de España a comienzos del siglo pasado. Me hube de ocupar de los monumentos y vestigios arqueológicos, una parcela del legado cultural de Huelva que había recibido en 1973 el estímulo de la celebración aquí del XIII Congreso Nacional de Arqueología, al que acudí y fue mi bautismo iniciático en las aguas congresuales de mi credo científico.

Las indagaciones sobre la geografía histórica de Huelva nos llevaron a examinar los restos de una posible calzada romana detectados entre San Silvestre y la ribereña Sanlúcar de

Guadiana. Y con prospecciones de campo y estudios de gabinete pude identificar el trazado inicial de la vía principal de la zona en época romana, la XXIII del romano Itinerario de Antonino, que enlazaba la desembocadura del Guadiana -*ab ostio fluminis Anae*- con Mérida. Las *mansiones*, ciudades y lugares de paso citados en el Itinerario quedaban perfectamente identificados: *Praesidium*, en la citada Sanlúcar de Guadiana; *Rubrae* -por alusión a las tierras rojas ricas en minerales y citada por la *mansio Ad Rubras*-, en la pródiga Tarsis; desde aquí, la calzada, tras cruzar el Odiel por el vado de Gibraleón, se dirigía hacia *Onoba* (Huelva), *Ilipla* (Niebla) e *Ituci*, en Tejada la Nueva, para seguir hasta *Italica* e *Hispalis* (Sevilla) y subir después al norte camino de *Augusta Emerita*. Publiqué mis pesquisas en un artículo de 1987 y, poco después, Francisco Gómez y Juan Campos daban con restos imponentes de la calzada, arrecifes y pontones que prepararon los ingenieros romanos para transportar el mineral desde Tarsis a *Praesidium*, ubicado en el punto más profundo, aguas arriba, hasta donde el Guadiana era cómodamente navegable para embarcar la valiosa y pesada mercancía.

La empresa citada del Catálogo Monumental, patrocinada por la Diputación Provincial, sólo llegó a cubrir durante 1974 y 1975 el estudio de unos pocos pueblos y términos según el orden alfabético elegido para su ordenación, de donde la prioridad dada a Alájar, El Almendro y Almonaster la Real, cuyos estudios, como libros independientes, fueron publicados entre 1991 y 1992. De nuevo fue una ocasión espléndida para transitar por el rico paisaje cultural de varios rincones de la provincia y conocer los hermosísimos pueblos y aldeas que el orden alfabético nos dio en suerte estudiar y catalogar.

Desde 1977, en que me trasladé como Agregado y Catedrático de Arqueología a la Universidad Autónoma de Madrid, mis estancias en Huelva mantuvieron su constancia y



1. Trazado de la principal vía romana que recorría la actual provincia de Huelva.

regularidad por mis vinculaciones personales y familiares y, desde la creación de esta Universidad en 1993, por la estrecha relación mantenida con el impulsor y, después, titular de su Cátedra de Arqueología, mi ahora Padrino Juan Campos. Gracias a él he tenido el privilegio de seguir de cerca las acti-



2. Ermita de Santa Eulalia, de Almonaster la Real, que aprovecha un sepulcro turriforme romano.

vidades de un Área de Arqueología que se ha hecho desde la nada hasta constituirse en la médula de un Departamento de gran actividad y con la proyección nacional e internacional que se hace visible con sólo echar una mirada a los innumerables proyectos y publicaciones acometidos y realizados por el diligente equipo que dirige y mimra con tanta pasión como acierto Juan Campos. He podido conocer sus proyectos e investigaciones, con especial interés por el seguimiento de las excavaciones y las tesis doctorales realizadas, que en buen número conforman un eficaz frente de acción para el conocimiento arqueológico e histórico de la región. Y he tenido la fortuna de colaborar directamente, como profesor invitado, en la impartición de los cursos de doctorado y de los másteres de Arqueología de la Universidad onubense.

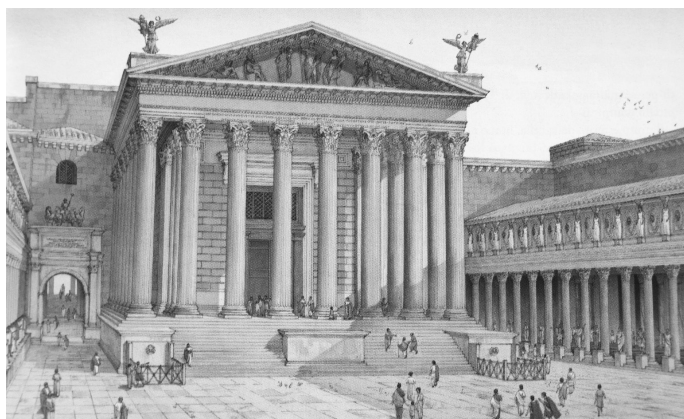
De todo lo dicho se desprenden, al menos, un par de cosas con algún grado de certeza: que me siento estrechamente vinculado a Huelva y que profeso la Arqueología, una forma peculiar -y apasionante, añado- de ser historiador. Porque la Arqueología es la ciencia histórica que se ocupa fundamentalmente de la Historia de la Cultura, y la cultura se mani-

fiesta rotunda y expresivamente en su proyección material, fuente fundamental de los estudios arqueológicos, que tiene una vertiente principal en el paisaje antropizado que cada cultura determina y conforma según su nivel y la personalidad colectiva de sus gentes.

Conocemos bien cómo en las sociedades desarrolladas, las de nivel urbano, el paisaje cultural adquiere una enorme complejidad como resultado de la poderosa transformación del medio natural exigida por la vida urbana, para la economía de producción y de comercio, y para la obtención de los cualificados ámbitos que habían de servir de escenario adecuado al desarrollo de la exigente y tensa vida ciudadana.

Es preciso recordar que en la concepción antigua de la ciudad, con ejemplos principales como la *polis* griega y la *civitas* romana, su materia prima básica es la ciudadanía, el conjunto de los ciudadanos. La ciudad consistía en la asociación de individuos depositarios de las cualidades propias del “animal político” -el *zoón politikón* aristotélico-, unidos por fuertes nexos de índole jurídica e ideológica, conscientes de poseer una biografía común -la propia ‘historia’- y decididos a explotar el potencial económico y estratégico de un determinado territorio, que tenían por propio.

Para su operatividad y durabilidad, los organismos urbanos generaron poderosas fórmulas de cohesión interna, capaces de mantener a punto una maquinaria que debía afrontar altos esfuerzos y graves riesgos. Surgieron robustos aglutinantes ideológicos para legitimar y cohesionar el orden social, en lo que alcanzarían no poca importancia las religiones y sus expresiones culturales y rituales. Las fiestas y celebraciones comunitarias, religiosas y políticas, estrechamente unidas en la Antigüedad, propiciaban encuentros en los que se escenificaba la pertenencia de los individuos a la comunidad ciudadana.



3. Reconstrucción del Foro de Augusto de Roma (Studio Inklank, Florencia), excepcional expresión de la gran arquitectura de la Urbe.

La complejidad consustancial a la ciudad dio lugar a una de sus expresiones más características y determinantes: la estructura urbanística. Es el fenómeno caracterizado como la “arquitectonización” de la ciudad por el urbanista y arquitecto italiano Aldo Rossi (*L'architettura della città*, Milán, 1966). Subraya cómo la ciudad material, “construida”, fue una decantación esencial de la sociedad urbana, en la que buscó refugio y referentes tan fundamentales que se convirtió en su correlato más sustantivo, en la materialización del alma de la ciudad (*l'âme de la cité*). La distinción entre la ciudad y su proyección material y urbanística fue bien señalada ya en el siglo XIX por Numa Denys Fustel de Coulanges en *La Cité antique* (1864). Ponía de relieve cómo la ciudad antigua era fundamentalmente la agrupación de los ciudadanos y distingue conceptualmente la ciudad de la urbe. Según sus propias palabras, en castellano: “Ciudad y urbe (*cit  y ville* en francés) no eran palabras sinónimas entre los antiguos. La ciudad era la asociación religiosa y política de las familias y

las tribus; la urbe (*ville*) era el lugar de reunión, el domicilio y, sobre todo, el santuario de esa asociación”.

Las urbes tendrán ya en la Antigüedad manifestaciones sobresalientes, con una fundamental dimensión arquitectónica y una destacada presencia de elaboradas formas artísticas, depositarias privilegiadas de los mensajes que en el ámbito de la ciudad requerían los principales protagonistas de la vida cívica.

En la ciudad romana, síntesis y culminación de todas las demás en la Antigüedad, se tiene un ejemplo supremo de la importancia que en su paisaje urbano tenía el centro político, la *urbs*, el núcleo construido y antrópico por antonomasia. Se convirtió, además, en expresión máxima de la nueva condición superior, rayana con lo divino, del urbanita o ciudadano: la cualidad demiúrgica por la que había pasado de ser mera ‘criatura’ de la naturaleza a ‘creador’ de una naturaleza nueva, producto de su ‘arte’. Lo expresa bien una lúcida sentencia de Varrón (*Rust.* 3,1,4): “*divina natura dedit agros, ars humana aedificavit urbes*”.

El caso es que la ciudad antigua configuraba un nuevo ecosistema, que sus habitantes vivían con la especial connotación de ser una clave principal del equilibrio ecológico deseado, el mantenimiento de un estrecho diálogo con los significantes que la ciudad construida comportaba. Porque, en efecto, la ciudad construida se configuraba como una suma de referentes formales que, por el valor semántico de sus elementos aislados y por su conexión en la sintaxis urbanística, componían un discurso o un conjunto de discursos que abrían el cauce a una fructífera relación -y una especial vinculación- entre la ciudadanía y su urbe. Subrayaba Rossi la analogía de la ciudad arquitectónica con el lenguaje, en tanto que código compartido socialmente, y de su estudio con la lingüística.

Pues bien, el arqueólogo puede vivir el privilegio de averiguar las claves semánticas y semióticas de los discursos urbanos, las raíces de sus vocablos materiales como un etimólogo. Podrá así entender mejor la gestualidad social desarrollada en escenarios conformados y ambientados con los referentes formales adecuados a cada uso o cada función. En la complejidad formal y decorativa de tantos ambientes recuperados de las culturas antiguas percibimos esa necesidad de generar ámbitos parlantes contenedores de discursos formales sumamente ricos y matizados, en los que se apoyaba el tipo de convivencia que cada ciudad requería.

Los arqueólogos, pues, somos una hueste particular de filólogos empeñados en descifrar las claves del lenguaje material que se contiene en el paisaje de tal o cual civilización o cultura. Y en esto tiene la Arqueología moderna un frente de acción de enormes virtualidades para el conocimiento de las culturas del pasado ... y del presente. Es imposible desarrollar aquí con amplitud esta cuestión, pero sí subrayar acaso su interés con una anécdota que conecta nuestro presente con el pasado en función de la parcial permanencia del lenguaje formal antiguo en nuestras ciudades actuales, del mismo modo que en nuestras lenguas vivas subyacen las raíces y significados de las antiguas. Dejadme entrar en ese caso anecdótico.

Como habitualmente, distraía el comienzo del año, el día 1 de enero, viendo y escuchando por televisión el célebre concierto de Año Nuevo de la Filarmónica de Viena. Era un gozo la espléndida retransmisión musical, acompañada de hermosas imágenes de la Sala Dorada del Musikverein vienés, de tomas de la ciudad y de seductoras escenas de ballet. Dirigió la orquesta este año el prestigioso argentino y plurinacional Daniel Barenboim y conservo bien la memoria de los inmediatamente anteriores, especialmente el dirigido en 2012 por el maestro Mariss Jansons, lituano, con una cuidadosa selec-

ción de piezas particularmente alegres, interpretadas siempre a buen ritmo y, en ocasiones, con la incorporación del coro de los Niños Cantores de Viena, que subrayaron la gozosa alegría que impregnó el concierto.

Todo se concitaba para conseguir el objetivo deseado: celebrar el comienzo de un nuevo año con un alegre cántico a la vida -bien simbolizada en la proliferación de flores que adornaban la sala-, a su renovación en medio de las festividades propias de la Navidad, la gran fiesta solsticial que, con su lectura cristiana como nacimiento del Niño-Dios, gira en torno a un acontecimiento cósmico principal: el final de la 'muerte del sol' y el inicio de la nueva vida al calor del sol renacido tras pasar la barrera del solsticio de invierno, en que empieza a ganar tiempo a las largas noches, a la oscuridad y el frío.

Este hecho impregnó profundamente a las civilizaciones antiguas, de fuerte base agrícola, que seguían celosamente el curso de la biografía solar, repetida cada año en su proceso de nacimiento/renacimiento, juventud, madurez y enfriamiento y muerte; un proceso que es también el de la tierra, vivificada o mortecina, cálida o fría, según el discurrir del sol. El solsticio de invierno se convirtió en un momento de profunda y sentida celebración, porque el sol, el dios-sol, nacía o renacía y a todos llegaba el augurio de una nueva etapa de vida y de prosperidad ligada a los bienes de la tierra....

La idea cobró cuerpo y forma ritual en el marco de religiones que forjaron su cuerpo dogmático y sus códigos iconográficos y litúrgicos con especial atención al sol y a su decurso 'vital', a sus efectos sobre la naturaleza toda. En el mundo Mediterráneo antiguo, los grandes dioses solares -como Shamash en Babilonia, Ra y Atón en Egipto, Apolo en Grecia y Roma- han presidido las teofanías religiosas impregnando de manera indeleble las creencias y la ritualidad mediterráneas.

Quizá la expresión más profunda de esa proyección divina del sol y de su percepción por el hombre se dio en las religiones místicas, asociadas íntimamente a las creencias ancestrales sobre la vida y la muerte de la naturaleza, incluida la humana. El sol se asociaba a dioses varones que simbolizaban el vigor fecundador de la tierra, la gran Diosa-Madre telúrica, y personificaban, además, a la vegetación misma. Como el sol y como la vegetación que de él dependía, estos dioses-soles experimentaban el comentado proceso de vida, muerte y resurrección, el mismo que, a su imitación, esperaban seguir los creyentes iniciados en los misterios. Destacaron en esta línea en época romana, y en religiones de raigambre oriental, dioses como Atis junto a la diosa Cibele o Magna Mater, de origen frigio; los egipcios Osiris e Isis; o el peculiar dios persa Mitra. Este último –*Sol Invictus* o *Deus Invictus*–, convertido en Roma en paladín de la lucha de la luz y el bien frente a la oscuridad y el mal, era muy seguido y venerado en su condición de dios renacido cada año –*renatus*– en el solsticio de invierno, lo que se celebraba el 25 de diciembre, fiesta del *Natalis Invicti*.



4. Relieve mitráico del Esquilino, Roma, con representación de Mitra-Sol sacrificando al toro.

Es bien sabido que la fiesta solsticial mitráica fue cristianizada y asociada al nacimiento de Jesús, que heredaba las connotaciones solares de dios de la luz y el bien frente a las tinieblas y el mal, e inauguraba un tiempo nuevo. A este arraigo ha de deberse la rara celebración nocturna de la Navidad cristiana conocida como ‘Misa del Gallo’. Según la ritualidad asociada a los dioses solares, en la noche anterior a la gozosa fiesta solsticial o equinoccial del nacimiento o el triunfo anual del dios-sol, se llevaba a cabo una vigilia nocturna, o *pannichys*, en señal de duelo por su muerte, simbolizada en la oscura y fría noche; duraba hasta el amanecer, recibido como la epifanía lumínica del dios-sol renacido. Pues bien, en la sociedades tradicionales, de vida campesina, el gallo, con sus cantos a la amanecida, es el nuncio por antonomasia del nacimiento del día, del sol: el heraldo de la buena nueva. La ‘misa del gallo’ debe de ser recordatorio y prueba de la ritualidad solar antigua que anida en la peculiar celebración cristiana.

El concierto navideño de Viena es un rito cívico con dimensión simbólica parecida a la de la ritualidad religiosa que acabo de comentar. La luminosa alegría del concierto expresa la eclosión de la vida renacida con el nuevo año, el del sol *renatus*, simbolizada en el *allegro* musical, en los coros infantiles, en la ágil belleza de los jóvenes danzantes y, subrayadamente, en la explosión de vida y color de las flores, que inundan todos los rincones de la Sala Dorada.

Y no pasa desapercibida en la decoración de la hermosa sala la repetida presencia de uno de los motivos más célebres y exitosos de la ornamentación clásica: los roleos. Adquirieron su forma canónica en el *Ara Pacis* de Roma, realizado por Augusto para celebrar la *Pax Romana* una vez finalizadas las guerras en el extremo occidental de la ecumene: la Galia e Hispania. En su rico lenguaje simbólico, los hermosos ro-



5. Detalle de la Sala Dorada del Musikverein de Viena. Nótese la decoración clásica con roleos y los adornos de flores.

leos de acanto, con los tallos serpenteantes poblados de animalillos y de toda clase de frutos, simbolizan la naturaleza ordenada y nutricia, presidida por Sol-Apolo, dios tutelar de Augusto, representado simbólicamente en los cisnes que aletean en lo más alto de los acantos. Los roleos expresan, con rara genialidad, la exuberancia y la vivacidad de una naturaleza ordenada y armoniosa para enaltecimiento del soberano en su condición de *numen* de la fecundidad y la prosperidad de Roma y del Imperio, animador de la *felicitas temporum*, la Edad de Oro cantada en sus Églogas por Virgilio.

Los roleos, pues, de la gran sala vienesa envuelven con acierto la celebración de una naturaleza renacida y alimentada por el nuevo sol, revitalizado tras el solsticio invernal. Remiten, por otra parte, a viejas ideas y a expresiones artísticas de antigua tradición oriental, propias de un paisaje simbólico que nos retrotrae a las raíces orientales del propio Cristianismo.



6. Detalle de los roleos del *Ara Pacis*, en un dibujo de Agostino Veneziano, del siglo XVI.

A Roma llegaron por la vía de la adopción de los modelos helenísticos, estimulados por Alejandro en su aproximación a las tradiciones orientales. Y complace comprobar, en efecto, la proliferación en el arte mesopotámico de la idea de una naturaleza ordenada por la acción de un rey-dios numínico, manifiesta en las formas armoniosas y simétricas del llamado 'Árbol de la Vida'. Lo vemos en los relieves palaciales de los reyes asirios, sobrevolado por un dios solar, estrechamente asociado al monarca; y mucho antes, en la genial representación de un sello de la época de Uruk, del tercer milenio antes de nuestra Era, en la que el propio rey-dios Dumuzi, entendido como genio o numen de la vegetación y paredro



7. Relieve asirio con el Árbol de la Vida flanqueado por la imagen repetida del rey Assurnasirpal II.

de la diosa-tierra Inanna, aparece directamente convertido en Árbol de la Vida, del que se nutren los animales herbívoros. Los mismos términos formales del lenguaje simbólico oriental, filtrados por Roma, aparecen en representaciones cristianas como la del hermoso mosaico que corona el ábside de la Basílica de San Clemente de Roma. Aquí, la cruz de Cristo ocupa el lugar central del 'Árbol de la Vida' que componen acantos idénticos a los del *Ara Pacis*; es el *axis mundi* del nuevo tiempo que, en el pensamiento cristiano, representó su venida; y queda envuelto por los roleos que simbolizan la naturaleza ordenada propiciada por su presencia y el ambiente paradisíaco ideal de los redimidos por su muerte.

He aquí la llegada del viejo motivo oriental y romano al lenguaje simbólico del Cristianismo y de nuestro mundo occidental, ingrediente simbólico apropiado a la significación religiosa y laica que impregna la ceremonia cívica del concierto de Viena.



8. Mosaico del ábside central de la Basílica de San Clemente, de Roma.

El seguimiento, pues, del alegre concierto vienés permite percibir los profundos mensajes cifrados en la elección de los temas musicales, en la gozosa forma de interpretarlos, de ambientar el momento y el lugar, de ofrecerse como significativo toque formal y sonoro del cualificado aparato instrumental que compone nuestro paisaje cultural.

Es, en fin, esta feliz vivencia de estudioso, de filólogo de la materia parlante, la que he pretendido transmitir en mis años como profesor, investigador y docente, y es esa condición la que trataré de perpetuar ahora en mi incorporación al claustro doctoral de esta Universidad, un nuevo privilegio para mí que no puedo, abrumado por este simpar obsequio académico, sino recibir con la expresión de mi más profunda gratitud.

¡Muchas gracias!

Se acabó de imprimir el 13 de Junio de 2014,
festividad de San Jacobo y estando al
cuidado de la edición el Servicio de
Publicaciones de la Universi-
dad de Huelva



